

# ***Divided We Stand* o la elusión de las causas profundas (y de las conclusiones pertinentes) del intenso crecimiento de la desigualdad**

## ***Divided We Stand, or the elusion of the deep causes (and the pertinent conclusions) of the intense growth of inequality***

JORGE RODRÍGUEZ GUERRA  
Universidad de La Laguna  
(jrguezj@ull.es)

*Divided We Stand*<sup>1</sup> supone un paso más en el reconocimiento por parte de la OCDE<sup>2</sup> del aumento de la desigualdad económica en sus países integrantes desde comienzos de la década de 1980 hasta el momento actual. Ya lo había hecho en su informe de 2008 *Growing Inequal?*<sup>3</sup> y también en su *Society at a Glance 2011*<sup>4</sup>. La asunción de este problema por parte de este organismo, que ya algunos investigadores especializados habían puesto de manifiesto<sup>5</sup>, es en sí mismo un hecho notable y es preciso resaltarlo.

Lo que de novedad introduce *Divided We Stand* es el propósito de analizar «las fuerzas subyacentes y los factores clave del ascenso de la desigualdad» (globalización, avances tecnológicos y cambios políticos e institucionales) y de discutir «las políticas que son más prometedoras para contrarrestarlo» (creación de más y mejores empleos, educación y cualificación de la fuerza de trabajo). Este informe, sin embargo, elude el análisis de la emergencia del neoliberalismo como ideología hegemónica en las tres últimas décadas e ignora la relevancia de los agentes sociales (y de los objetivos perseguidos por estos) que han impulsado las «fuerzas subyacentes» señaladas. Del análisis crítico de estas cuestiones es de lo que me ocuparé, con la brevedad obligada, en esta contribución.

---

<sup>1</sup> OECD (2011), *Divided We Stand: Why Inequality Keeps Rising*, OECD Publishing.

<sup>2</sup> Debe tenerse presente que la OCDE es un «club» de los países ricos en los que se han integrado, más por razones geopolíticas que estrictamente económicas, algunas sociedades en distinto nivel de «en desarrollo» como Chile, México, Turquía o Corea del Sur y, más recientemente, varios estados exsocialistas del este de Europa.

<sup>3</sup> OECD (2008), *Growing Inequal? Income Distribution and Poverty in OECD*, OECD Publishing.

<sup>4</sup> OECD (2011), *Society at a Glance 2011. OECD Social Indicators*, OECD Publishing.

<sup>5</sup> Véase A. B. Atkinson (2003), «Income Inequality in OECD Countries: Data and Explanations», *CESifo Economic Studies*, vol. 48 (4). Resultados similares presentan A. S. Alderson y F. Nielsen (2008), «Globalization and the Great U-Turn: Income Inequality Trends in 16 OECD Countries», *American Journal of Sociology*, vol. 107; y T. M. Smeeding (2008), «Income Inequality in Richer and OECD Countries», en W. Salverda, B. Nolan y T. M. Smeeding (eds.), *Handbook of Economic Inequality*, Oxford, Oxford University Press.

No obstante, antes de comenzar el análisis es necesario precisar que lo que en *Divided We Stand* se contempla es la desigualdad de sueldos y salarios: la desigualdad entre aquellos que trabajan por cuenta ajena y sus repercusiones en las unidades domésticas, bien sean los trabajadores en sus distintos niveles, bien los ejecutivos y directivos de las empresas. Quedan fuera del examen, por tanto, las desigualdades de ingresos derivadas de la propiedad: las rentas y los beneficios del capital. Este no es desde luego un asunto marginal ni menor. Si bien la desigualdad salarial es muy relevante para poder comprender y explicar con rigor los actuales niveles de desigualdad social<sup>6</sup>, donde esta alcanza su máxima expresión es en la desigualdad derivada de los ingresos del capital. Este hecho es imprescindible para poder comprender los procesos que han conducido a la situación actual. La concentración de la riqueza en los *top* del 10%, el 1% y el 0,1% de la distribución, que el informe constata, no es solo la manifestación más impresionante de la desigualdad sino también una de sus causas profundas. Como es sabido, riqueza es poder y tal concentración de riqueza en tan reducido porcentaje de la población supone una enorme concentración de poder. Este ha sido un factor clave para que esas exiguas minorías pudieran imponer buena parte de las políticas públicas puestas en práctica en el mundo en las últimas décadas y que estas se hayan orientado de forma decisiva en favor de sus intereses.

#### EL MARCO EXPLICATIVO AUSENTE DEL INFORME: LA EMERGENCIA DEL NEOLIBERALISMO

Examinar las razones de los actuales niveles de desigualdad en los países de la OCDE (y en el mundo) exige remontarse treinta años atrás: a la crisis económica de los años setenta del siglo XX. Esta puso en cuestión el keynesianismo, el Estado de Bienestar, los proyectos «desarrollistas» en los países periféricos y las bases del Orden Socioeconómico Internacional (y de sus instituciones articuladoras fundamentales: Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio —GATT—) diseñado en los Acuerdos de Bretton Woods de 1944.

La solución a la crisis que se fue articulando y que terminó triunfando políticamente fue la del abandono de las políticas de carácter keynesiano, la reestructuración de los Estados de Bienestar en la dirección del recorte de los derechos sociales de ciudadanía y la reorientación de las instituciones internacionales de Bretton Woods hasta convertirlas en los arietes fundamentales del neoliberalismo y de la implantación de políticas económicas favorables al capital (especialmente el financiero). Todo ello ha beneficiado enormemente a las élites económicas de los países capitalistas avanzados<sup>7</sup>, aunque algunas oligarquías de viejo y nuevo cuño de los países periféricos lo hayan hecho también de forma muy notable. En suma, la doctrina socioeconómica que terminó triunfando (había otras alternativas, obviamente) fue la que

---

<sup>6</sup> Véase J. Rodríguez Guerra (2013), *Orden liberal y malestar social. Trabajo asalariado, desigualdad social y pobreza*, Madrid, Talasa.

<sup>7</sup> Véase B. Milanovic (2009), «Global Inequality and the Global Inequality Extraction Ratio. The Story of the Past Two Centuries», *Policy Research Working Paper*, 5044, The World Bank

defendía la necesidad de la remercantilización de la economía y la sociedad propuestas por el neoliberalismo<sup>8</sup>. Lo que este establece no es en el fondo otra cosa que una re-regulación de las actividades económicas y sociales favorable a las empresas y al capital en detrimento de los avances económicos y sociales conseguidos por los trabajadores y la ciudadanía en general en los llamados «treinta gloriosos»: 1945-1975.

La síntesis más acabada del programa político neoliberal fue elaborada por J. Williamson en lo que llamó el *Consenso de Washington*<sup>9</sup>. Este recoge las directrices de política económica y social —que conformaron los fundamentos de los Programas de Ajuste Estructural (PAE) del FMI— que se fueron perfilando durante la década de 1980. Las líneas básicas de tal *Consenso* son las siguientes: 1) mantenimiento de la disciplina fiscal y eliminación de los déficits presupuestarios, 2) garantía de los derechos de propiedad y fomento de la inversión extranjera directa (IED), 3) política monetaria circunscrita al control de la inflación, 4) reorientación del gasto público hacia la inversión y las empresas, y recorte del gasto de carácter social, 5) reforma tributaria orientada en la dirección de una menor presión fiscal al capital y a las rentas altas y desde los impuestos directos hacia los indirectos, 6) elevación de las tasas de interés y fijación de estas por los mercados financieros, 7) tipo de cambio real competitivo que favorezca el sector exportador, 8) libre comercio y eliminación de barreras y aranceles, 9) privatización de empresas y servicios públicos así como de los recursos naturales, 10) desregulación de los mercados, en particular, del mercado financiero y del mercado de trabajo.

Los Programas de Ajuste Estructural fueron impuestos brutalmente en los países subdesarrollados (Latinoamérica es tal vez el ejemplo más notable) y en una versión más moderada (y con un ritmo y una intensidad variables) en los países desarrollados. Esto ha cambiado a raíz de la Gran Recesión de 2008: a partir de entonces, directrices de política económica y social contenidas en los clásicos PAE del FMI se han venido «recomendando» a los países de la periferia europea de modo no muy diferente a como se hizo en los países subdesarrollados. Sus consecuencias, salvando las distancias en su nivel de riqueza y de articulación social, comienzan a ser semejantes a las de las «décadas perdidas»<sup>10</sup> de aquellos.

Uno de los efectos más evidentes del cambio en las políticas económicas y sociales derivado de la conversión del neoliberalismo en la ideología hegemónica es el intenso crecimiento de la desigualdad y la concentración extraordinaria de la riqueza en las minorías sociales, generalmente ya enriquecidas. Tal y como señala D. Harvey, un hecho persistente dentro de esta compleja historia de la neoliberalización ha sido «la tendencia universal a aumentar la desigualdad social y a dejar expuestos a los segmentos menos afortunados de la

---

<sup>8</sup> Pueden señalarse como hitos iniciales del ascenso del neoliberalismo los triunfos electorales de M. Thatcher en el Reino Unido en 1979 y de R. Reagan en Estados Unidos en 1980, aunque sus políticas se venían experimentando en Chile desde la instauración de la dictadura de A. Pinochet en 1973. Forman también parte indisoluble de este proceso el inicio de las reformas económicas impulsadas por Deng Xiao Pin en China en 1979 y la implosión del mundo soviético a partir de 1989.

<sup>9</sup> Véase J. Williamson (1990), «Ten Areas of Policy Reform», en J. Williamson, *The Progress of Policy Reform in Latin America*, Washington, Institute for International Economics.

<sup>10</sup> Véase W. Easterley (2001), «The Lost Decades. Developing Countries's Stagnation in Spite of Policy Reform», *Journal of Economic Growth*, vol. 6 (2).

sociedad —ya sea en Indonesia, en México o Gran Bretaña— a los fríos vientos de la austeridad y al desapacible destino de una progresiva marginalización... La increíble concentración de poder y riqueza actualmente existente en los peldaños más altos del capitalismo no se había visto desde la década de 1920»<sup>11</sup>.

Este aumento generalizado de la desigualdad no excluye rasgos particulares en intensidad y alcance en los diversos países y/o grupos de países. Las distintas estructuras institucionales, económicas y sociales (y las variadas historias de la cultura política y social) de los países en los que el neoliberalismo se ha venido aplicando hacen que su alcance y consecuencias sean diferentes. Conviene por esta razón tener presente la existencia de «variedades de capitalismo»<sup>12</sup> y de «variedades de neoliberalismo»<sup>13</sup>, aunque este es un asunto del que no me puedo ocupar aquí.

#### LAS «FUERZAS SUBYACENTES» SEÑALADAS POR EL INFORME: GLOBALIZACIÓN, AVANCES TECNOLÓGICOS Y CAMBIOS POLÍTICOS E INSTITUCIONALES

Un primer hecho a reseñar es que los factores causales considerados son abordados como fenómenos sin sujeto y sin aparente objeto. Se naturalizan: nadie en particular los ha provocado persiguiendo objetivos e intereses concretos y nadie los puede detener o modificar. Parecen obedecer a unas supuestas leyes ciegas de la economía o del desarrollo científico. Simplemente han ocurrido, y dos de ellos, avances tecnológicos y cambios políticos e institucionales, han provocado la desigualdad. Los efectos de la globalización (entendida como la ampliación e intensificación de los flujos comerciales y de la libre circulación del capital a escala global) sobre este fenómeno no se consideran relevantes. Desde la perspectiva de la OCDE, de lo que se trata ahora es de examinar cómo mejor pueden adaptarse las sociedades a tales cambios y cómo aprovechar sus potencialidades y atenuar sus efectos negativos.

Sin embargo, la globalización no es un fenómeno natural (tan inexorable como el hecho de que la tierra gire alrededor del sol) y no lo son tampoco los avances tecnológicos ni los cambios políticos e institucionales. La globalización ha sido un proceso en buena medida fruto de un programa político<sup>14</sup> —sin que esto signifique que fuera detalladamente planificado desde el primer momento, que sea enteramente coherente y que haya alcanzado todos sus objetivos— promovido por el gran capital con una impresionante cobertura académica y

<sup>11</sup> D. Harvey (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, p. 130. Esta afirmación de D. Harvey puede corroborarse con las investigaciones de otros muchos autores (algunos la señalaron desde muy temprano). Véase, por ejemplo, L. Thurow (1987), «A Surge of Inequality», *Scientific American*, vol. 256 (5); R. Wade (2004), «Is Globalization Reducing Poverty and Inequality?», *World development*, vol XX, n° X; y B. Milanovic (2006), *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema.

<sup>12</sup> Véanse, por ejemplo, R. Doré (2000), *Capitalismo bursátil: capitalismo de bienestar. Japón y Alemania versus los anglosajones*, Madrid, Akal; D. Rueda y J. Pontusson (2000), «Wage Inequality and Varieties of Capitalism», *World Politics*, vol. 52 (3).

<sup>13</sup> Véase J. Peck, (2004), «Geography and public policy: constructions of neoliberalism», *Progress in Human Geography*, n° 28.

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, S. Sassen (2007), *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires/Madrid, Katz.

mediática. Ha sido impuesto por los Estados más poderosos del planeta, por las instituciones internacionales que están bajo su control —BM, FMI, GATT/OMC, etc.— y por las grandes empresas multinacionales, especialmente las financieras. La globalización (con todas sus contradicciones, éxitos, fracasos y efectos no previstos) es ante todo la manifestación actual de la lógica expansiva de la mercantilización del mundo inherente al capital, ahora liberada de ciertos controles estatales y de determinadas constricciones sociales que se habían ido articulando en Europa occidental y Norteamérica desde el último tercio del siglo XIX. Ha dado lugar, en fin, a lo que A. Glyn ha denominado «capitalismo desatado»<sup>15</sup>, ya también en buena medida en las propias democracias liberales ricas.

La retórica dominante la conceptúa como un fenómeno que aumenta la riqueza y el bienestar de todos, aunque pueda tener algunos inconvenientes para aquellos que no sean capaces o no estén dispuestos a adaptarse a su lógica. Sin embargo, la realidad de su desarrollo muestra que ha sido y es un proceso social que no ha sido promovido, orientado y dirigido a la solución de los problemas socioeconómicos de las mayorías sociales. Antes al contrario, puede afirmarse que su propósito general ha sido, en primer lugar, recuperar y aumentar las tasas de ganancia del capital y revertir en el «mundo libre» de la OCDE el modo de regulación keynesiano y los controles estatales y las constricciones sociales (políticas, sindicales, culturales...) que este lleva aparejadas. En segundo lugar, destruir, más allá de sus propios problemas internos que no eran pocos ni menores, a las economías del «socialismo real». Y, finalmente, imponer al «Tercer Mundo» un orden socioeconómico internacional más favorable aún a los países ricos y a sus empresas multinacionales.

A mediados de la década de los 1970 se hizo evidente que el keynesianismo ya no era capaz de satisfacer los intereses de las élites dominantes. Es más, al entender de estas, les había hecho perder poder político y económico al haber afectado la base insustituible de este: la rentabilidad del capital.

*La globalización, pues, se ha impuesto políticamente*<sup>16</sup> y los Estados y sus capacidades de intervención socioeconómica no han sido sus víctimas inconscientes sino coagentes del proceso, sobre todo, los Estados del Norte rico y poderoso.

Con los avances tecnológicos ocurre otro tanto. Han sido promovidos, orientados y financiados por agentes sociales e institucionales (las empresas, las fundaciones, los Estados...) con arreglo a determinados objetivos e intereses. No son el producto estricto de la lógica interna del desarrollo científico y del genérico y generoso amor al conocimiento. Obviando aquí la enorme importancia de las investigaciones y tecnologías desarrolladas con objetivos militares (sin las que se vuelve ininteligible buena parte de los avances científicos y técnicos de las últimas décadas), la ciencia ha sido decididamente impulsada por los Estados con capacidad para hacerlo con el objeto de hacer más productivas y competitivas las economías nacionales, y por las empresas para crear, mantener o aumentar sus ganancias. Un objetivo clave (obviamente, no el único) de los avances científico-técnicos y su inserción en los procesos de

---

<sup>15</sup> A. Glyn (2010), *Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar*, Madrid, Centro de Investigaciones para la Paz (CIP)/ La Catarata.

<sup>16</sup> Véase J. Rodríguez Guerra (2013), *Orden liberal y malestar social. Trabajo asalariado, desigualdad social y pobreza*, Madrid, Talasa.

producción de bienes y servicios ha sido, como siempre, por otra parte, reducir la necesidad de mano de obra en el proceso de producción y la propia exigencia de fuerza de trabajo cualificada en la medida en que los avances tecnológicos van logrando incorporar en las máquinas conocimientos y habilidades que antes eran privativos de los trabajadores. El crecimiento del desempleo y de los empleos de baja cualificación (y de bajos salarios) de las últimas décadas —documentado por la propia OCDE en sus *Employment Outlook* anuales— es en buena medida el resultado de todo ello y una de las causas del incremento de la desigualdad salarial. Este hecho no niega, a su vez, el crecimiento de un segmento de la fuerza de trabajo con alta cualificación y elevados salarios en ciertos sectores y niveles de actividad. La clásica, y discutida, tesis de la «polarización» de la cualificación de la fuerza de trabajo<sup>17</sup> parece recobrar actualidad. Ahora bien, en la actual fase del capitalismo ya no se trata en exclusiva de la fuerza de trabajo industrial sino también de, y sobre todo en la mayoría de los países de la OCDE, aquella empleada en actividades de servicios muy variadas que exigen múltiples niveles de cualificación, aunque con un predominio claro de las de baja cualificación.

En este mismo orden de cosas, no debe ignorarse la intensificación en la expansión y el reforzamiento de los derechos de propiedad intelectual. Esta ha sido una de las principales preocupaciones de los países ricos y de las grandes empresas multinacionales en la OMC —una de las instituciones fundamentales de la globalización— desde su creación en 1994<sup>18</sup>. La mercantilización del conocimiento y su apropiación privada —hasta el punto en que algunos autores han calificado este fenómeno como un nuevo proceso de *enclosure*<sup>19</sup>— y la captura de las rentas monopólicas derivadas de ello (sin este hecho son ininteligibles B. Gates, S. Jobs o M. Zuckerberger, por ejemplo) ha sido uno de los factores clave de la concentración de la riqueza. Por otro lado, «más del 97% de las patentes en el mundo son propiedad de los países de la OCDE» y «más importante es saber que el 90% de todas las patentes son propiedad de empresas multinacionales»<sup>20</sup>.

Los cambios políticos e institucionales, en fin, no son otra cosa que el fruto de las relaciones de poder en las sociedades y de qué individuos y grupos sociales han tenido la capacidad, y hasta el punto en que la han tenido, de imponer aquello que se correspondía con sus ideas e intereses. Los recortes en los Estados de Bienestar y en los derechos sociales de ciudadanía, la flexibilización del mercado de trabajo y la precarización de la fuerza de trabajo, las reducciones de impuestos y controles a las rentas altas y al capital, etc., no son fenómenos caídos del cielo. *Divided We Stand*, que los considera muy relevantes en el crecimiento de la desigualdad, ignora quiénes y por qué los han promovido, cuáles han sido sus objetivos, cómo es que han logrado imponerse pese a la resistencia (activa o pasiva) de la ciudadanía y qué relación tienen con los otros factores que considera causantes del aumento de la desigualdad.

---

<sup>17</sup> Véase H. Braverman (1980), *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro tiempo.

<sup>18</sup> Véase J. Abarza y J. Katz (2002), *Los derechos de propiedad intelectual en el mundo de la OMC*, Santiago de Chile, CEPAL.

<sup>19</sup> D. Bensaid (2009), «Y después de Keynes ¿qué?», *Viento Sur*, n° 16.

<sup>20</sup> S. Ribeiro (2001), «Propiedad intelectual, recursos genéticos y conocimientos tradicionales», en E. Leff y M. Bastida, *Comercio, Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable: Perspectivas de América Latina y el Caribe*, PNUD, México.

En definitiva, al analizar las «fuerzas subyacentes» como fenómenos sociales sin sujeto se elude al carácter de clase (con todas sus incoherencias y contradicciones teóricas y prácticas) del programa político neoliberal. Ya señalaba A. Przeworski a mitad de los años ochenta del siglo XX que lo que este implicaba no era:

«una simple cuestión de impuestos, de gasto público, o ni siquiera de redistribución de la renta. Los planes de mitigación de impuestos sobre beneficios, abolición de controles ambientales, eliminación o recorte de los programas sociales, desaparición de los controles gubernamentales sobre la seguridad del producto y sobre las condiciones de trabajo, y debilitamiento de los sindicatos era más que una reorientación de la política económica. Constituye un proyecto de nueva sociedad, de una revolución burguesa»<sup>21</sup>.

Una opinión parecida sostiene J. Tobin quien ya en 1981 afirmaba que «Los únicos resultados seguros [de la puesta en marcha del programa neoliberal]... son las redistribuciones de la renta, la riqueza y el poder, del Estado a las empresas privadas, de los trabajadores a los capitalistas, de los pobres a los ricos. En este momento está en marcha una revolución social y política más que económica»<sup>22</sup>. Son muy sugerentes también, en este mismo sentido, los conceptos de «élites extractivas» e «instituciones extractivas»<sup>23</sup> desarrollados por D. Acemoglu y J. Robinson. Las primeras son grupos privilegiados que despreciando el bien común dirigen sus esfuerzos exclusivamente en favor de su propio enriquecimiento. Las segundas, por su parte, concentran el poder en manos de las primeras y se evaden de cualquier control democrático y de la limitación de su poder. El neoliberalismo, y sus concreciones en la praxis política, ha sido un factor clave en el reforzamiento y dominio sociopolítico de unas y otras. El informe ignora, en fin, lo que, ya en un plano no académico aunque no por ello menos significativo, el propio W. Buffet (miembro del privilegiado club del 0,1%) reconoce en *The New York Times*: «Hay lucha de clases, pero es mi clase, la rica, la que hace la guerra, y estamos ganando»<sup>24</sup>.

## LOS RESULTADOS DEL ANÁLISIS Y LAS RECOMENDACIONES DEL INFORME

Las «fuerzas subyacentes» se consideran como fenómenos totalmente separados e inconexos entre sí. De este modo, se muestra de manera aislada la contribución de cada una de ellas al aumento de la desigualdad. La figura siguiente muestra la variación de la desigualdad entre el decil superior y el inferior de la distribución entre principios de la década de 1980 y finales de la de 2000 para el conjunto de la OCDE.

<sup>21</sup> A. Przeworski (1988), *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza, p. 242. Las cursivas son mías.

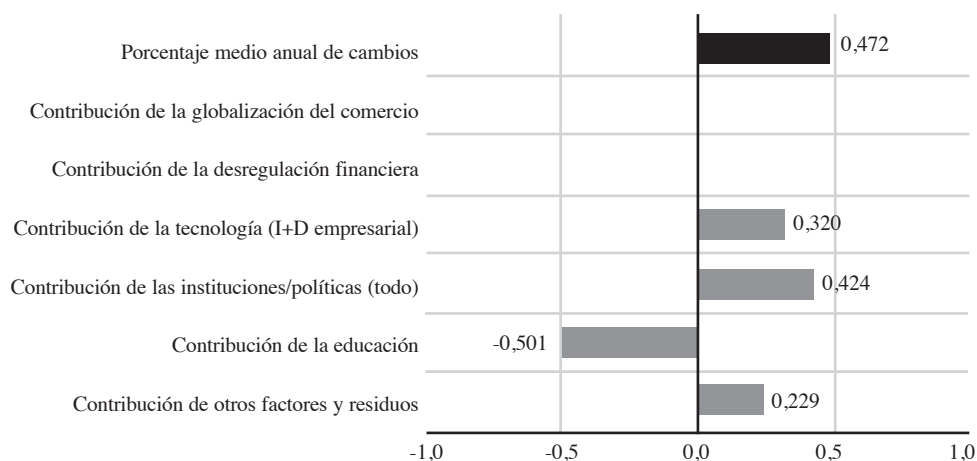
<sup>22</sup> J. Tobin (1981), «Supply-Side Economics: What Is It? Will It Work?», *Economic Outlook USA*, vol. 8 (3), p. 53.

<sup>23</sup> D. Acemoglu y J. A. Robinson (2012), *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Deusto. Sugerente es también en una perspectiva semejante el análisis realizado por C. Lasch (1996), en *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Barcelona, Paidós.

<sup>24</sup> B. Stein, «In Class Warfare, Guess Which Class is Winning», *The New York Times*, 26-11-2006.

GRÁFICO 1

CÁLCULO DE LOS CAMBIOS EN DESIGUALDAD SALARIAL: EL ROL DE LA GLOBALIZACIÓN, DE LA TECNOLOGÍA Y DE LOS CAMBIOS INSTITUCIONALES Y DEL MERCADO DE TRABAJO



Fuente: OECD, *Divided We Stand*, p. 123.

Este método permite establecer que la globalización del comercio y la liberalización financiera, frente a la abundante evidencia que muestra lo contrario<sup>25</sup>, no han jugado un papel relevante en el aumento de la desigualdad económica dado que los resultados en esta variable, sorprendentemente, no se incluyen por la imprecisión de las estimaciones de los coeficientes. Los responsables son los avances tecnológicos y los cambios políticos e institucionales. De este modo, la globalización comercial y financiera se presenta como si no fuera en buena medida el fruto de decisiones políticas (y de los avances tecnológicos) y como si, a su vez, no exigiera cambios políticos e institucionales (y avances tecnológicos). Al parecer nada tienen que ver con la globalización las decisiones e imposiciones de los Estados más ricos y poderosos del mundo, ni las del FMI, ni las del BM, ni las de la propia OCDE. Por otra parte, ¿cómo podrían explicarse, por ejemplo, la aprobación del Tratado de Maastricht, la creación del euro y del Banco Central Europeo —y sus características concretas— si no los relacionamos con la globalización neoliberal? ¿Cómo comprender las políticas que en estos momentos se nos están imponiendo en los países del sur de Europa si no las conectamos con la globalización de las finanzas y el poder que estas han

<sup>25</sup> Véase con carácter general, y por citar solo un ejemplo comprensivo, D. Rodrik (2011), *La paradoja de la globalización*, Barcelona, Antoni Bosch Editor. Para el caso particular de las repercusiones de las finanzas en los cambios en los sistemas de relaciones laborales y en el aumento de la desigualdad salarial, véase S. Ruesga (2012), «La financiarización de las relaciones laborales», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 30 (2).



alcanzado sobre los gobiernos democráticos? El despliegue de la globalización comercial y financiera tiene una relación directa con los cambios políticos e institucionales señalados en *Divided We Stand*: la reestructuración y recorte de los Estados de Bienestar, la liberalización del mercado de trabajo, los cambios en los sistemas de negociación colectiva, el declive sindical, etc. Esta separación y aislamiento de las «fuerzas subyacentes» implica ignorar que los Programas de Ajuste Estructural del FMI imponían cambios políticos sustanciales en los países objeto de tales programas, o considerar que los «rescates» de los últimos años en Europa no llevan aparejados «condicionalidades» como reformas laborales, recortes del gasto y del empleo público (especialmente el de carácter social), reforma de los sistemas de pensiones, etc., todos ellos factores que el propio informe señala como causantes del aumento de la desigualdad. Nada, al parecer, tiene que ver la globalización comercial y financiera con todo esto.

Desresponsabilizada la globalización, la carga recae en los avances tecnológicos y los cambios políticos e institucionales. Y sin ningún análisis de por qué razones se han producido y qué fuerzas socioeconómicas, y con qué objetivos, los han impulsado. Simplemente, han ocurrido. Como, por otra parte, unos y otros se consideran imprescindibles para que los individuos, las empresas y los países puedan ser competitivos en una economía globalizada y dado que «han promovido productividad y crecimiento económico e introducido más gente en el mercado de trabajo»<sup>26</sup> (p. 18), no se considera la posibilidad de volver a las regulaciones keynesianas de la anterior fase del capitalismo, ni se propone ningún aumento de las transferencias sociales que puedan permitir alguna redistribución de la riqueza. Tampoco se explora la posibilidad de desarrollar nuevas políticas e instituciones que puedan contrarrestar la concentración de la riqueza en los *top* superiores de la distribución.

El informe reconoce que las reformas de las políticas fiscales (aumento de la presión fiscal a las rentas altas) y de transferencias sociales (mayor generosidad en los beneficios sociales) podrían ser el instrumento más directo y poderoso para la redistribución de la riqueza. Sin embargo, a renglón seguido, afirma que «las estrategias centradas solo en la reconstrucción de ingresos podrían no ser ni efectivas ni financieramente sostenibles, especialmente en el clima de contención fiscal que prevalece hoy» (p. 19). La «consolidación fiscal» (nuevo eufemismo de moda), aceptada como un suceso natural no discutible ni modificable por la voluntad social, actuaría pues como una barrera insuperable para el aumento del gasto en transferencias sociales. Todo lo más, el informe concede que «puede ser necesario revisar críticamente si las provisiones fiscales existentes deberían ser adaptadas a la luz de consideraciones de equidad y de los actuales requerimientos de ingresos [para poder alcanzar la «consolidación fiscal», no para aumentar el gasto social], particularmente de aquellos de

---

<sup>26</sup> Esta afirmación ignora, por otra parte, el hecho evidenciado por varios autores de que los promedios de crecimiento económico y de la productividad en la mayoría de los países de la OCDE fueron superiores en las décadas keynesianas que lo que lo han sido en el periodo neoliberal. Véase R. Brenner (2009), *La economía de la turbulencia global*, Barcelona, Akal; A. Glyn (2010), *Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar*, Madrid, Centro de Investigaciones para la Paz (CIP)/ La Catarata; y G. Duménil y D. Lévy (2007), *Crisis y salida de la crisis. Orden y desorden neoliberales*, México, FCE.

ingresos altos o muy altos beneficios por el descenso de la presión fiscal» (p. 293). Más cautela imposible.

## CONCLUSIÓN

*Divided We Stand* reconoce y asume la realidad de muy altos niveles de desigualdad económica en los países de la OCDE y señala que estos vienen creciendo con intensidad, aunque con variaciones en el alcance y los momentos concretos en los distintos países y grupos de países, desde principios de la década de los ochenta del siglo XX. Sin embargo, en el análisis de las «fuerzas subyacentes» del crecimiento de la desigualdad social elude el examen del neoliberalismo como ideología hegemónica y el análisis del por qué, cómo y quién de las políticas que este promueve. Exonera a la globalización neoliberal de cualquier responsabilidad y, aislando metodológicamente fenómenos íntimamente relacionados y mutuamente condicionados, señala que los avances tecnológicos y los cambios políticos e institucionales, tan inexplicados como, al parecer, inexorables e irreversibles, son los causantes del crecimiento de la desigualdad. En todo el proceso de explicación del crecimiento de la desigualdad se evita, además, el reconocimiento de existencia y el papel jugado por sujetos sociales individuales y colectivos, sus objetivos e intereses, y su capacidad y poder para persuadir y/o imponer al conjunto de las sociedades consideradas sus opciones políticas.

Todo ello conduce, en fin, a que las recomendaciones para reducir la desigualdad se reduzcan, por un lado, al señalamiento como remedio del buen deseo de la creación de «más y mejores empleos»; justamente lo que las políticas y los procesos económicos no cuestionados han ayudado a destruir intensamente en los últimos años. Por otro, atendiendo a la sorprendente contribución de la educación a la reducción de la desigualdad afirma en el informe, se recurre al viejo mantra de la educación como solución a todos los problemas sociales. Esta es, de hecho, la recomendación fundamental cuando el secretario general de la OCDE, Ángel Gurría, la asume en su editorial: «Este informe identifica claramente la elevación de la cualificación de la fuerza de trabajo como uno de los instrumentos más poderosos de los que disponen los gobiernos contra el ascenso de la desigualdad..., invertir en la fuerza de trabajo es ahora crucial» (p. 19). Más allá de que este sea un discurso reiterativo que se viene escuchando desde el mismo inicio del periodo neoliberal (con los resultados conocidos), se vuelve a ignorar el hecho constatado de que la educación puede ser una condición necesaria pero nunca suficiente para conseguir un empleo y un buen empleo. Se necesita de una estructura económica y un aparato productivo que demande y sea capaz de absorber a esa fuerza de trabajo cualificada en las cantidades, niveles y especialidades en las que se haya formado. También unas políticas públicas y unas organizaciones sindicales con la capacidad de establecer condiciones contractuales y salariales, y unos derechos sociales y laborales asociados, que permitan definir a los puestos de trabajo como «buenos empleos».

Aunque es cierto que los más cualificados tienen más probabilidades de encontrar un empleo y un mejor empleo que los que no lo están, ello no resuelve el problema de los

crecientes segmentos de la fuerza de trabajo que siguen sufriendo altas tasas de desempleo o solo pueden optar a malos empleos. Tampoco se evita que un porcentaje amplio de los individuos altamente cualificados tenga que recurrir a la emigración, o al subempleo o, directamente, permanezca desempleado. Justo lo que acaba de poner de manifiesto, sobre todo en los países de la periferia europea, el informe de la propia OCDE recién presentado *Education at a Glance 2013*<sup>27</sup>.

En definitiva, en efecto *Divided We Stand* y, si se asume el análisis y las recomendaciones de este informe, *Divided We Will Keep*.

**Jorge Rodríguez Guerra** es profesor titular de Sociología de la Universidad de La Laguna. Ha estudiado las relaciones entre educación, trabajo y Estado. Entre sus publicaciones cabe destacar *Orden liberal y bienestar social. Trabajo asalariado, desigualdad social y pobreza*, Madrid, Talasa, 2013, y «Democracia restringida». *Sistema*, 232, 2013.

---

<sup>27</sup> OECD (2013), *Education at a Glance 2013: OECD Indicators*, OECD Publishing.